

APUNTES  
PARA  
UNA BIBLIOTECA  
DE ESCRITORES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS  
EN PROSA Y VERSO.

---

AMAT

(ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON FÉLIX),

Arzobispo de Palmira, etc.

Don Félix Amat de Palou y Pont nació en Sabadell, villa del principado de Cataluña, el 10 de agosto de 1750. Fueron sus padres don Juan Amat de Palou y Salvany y doña Teresa Pont y Augirot, personas ambas de antigua nobleza. Hizo sus primeros estudios de gramática y retórica en Sallent, de donde pasó á la edad de once años á Barcelona, para seguir allí el estudio de la elocuencia y de la poesía y cursar en seguida la filosofía en las aulas del seminario episcopal.

A la edad de treinta y cinco años fué nombrado el señor Amat magistral de la santa iglesia metropolitana de Tarragona, y á la de cincuenta y tres abad de San Ildefonso y arzobispo de Palmira. Falleció en Barcelona en 11 de noviembre de 1824.

La vida de este virtuoso y sabio prelado ha sido escrita con la estension que requiere tan grave materia, por el dignísimo señor obispo de Astorga, el ilustrísimo señor don Félix Torres Amat, sobrino del difunto señor arzobispo de Palmira. Dicha *Vida* forma un grueso vol. en-4º (Madrid, 1835), seguido de un *Apéndice*, poco menos voluminoso (Madrid, 1838). De ambas obras podriamos sacar estensas noticias sobre la vida del señor Amat; pero creemos preferible indicar estos dos libros á los que deseen adquirirlas mas completas.

Entre los muchos é importantes escritos del señor Amat de que

se hace larga mención en su *Vida*, la *Historia eclesiástica* (Madrid, 1792), y el *Diseño de la Iglesia militante*, etc., obra póstuma publicada por el señor obispo de Astorga (Madrid, 1834), merecen colocarse en primera línea por las profundas máximas, gran copia de erudición y excelente estilo que derramó en ellos su sabio autor. La posteridad, que ya ha empezado para el señor Amat, reconoce y reconocerá mas cada día en este insigne escritor una de las mayores glorias de la Iglesia de España, tan rica siempre de varones eminentes en santidad y letras.

## I.

(*Historia eclesiástica*, libro xv, cap. II, número LXVII, tomo II.)

Casi al mismo tiempo que la congregación de los barnabitas, tuvo principio otra orden regular, de que es preciso hablar con alguna extensión, por lo mucho que trabajaron sus hijos en la Iglesia por espacio de mas de dos siglos; y de la cual se habló las mas veces con elogios desmedidos ó con censuras muy acres, aun despues que el orbe cristiano vió con asombro su estinción total. La piadosísima y brillantísima compañía de Jesus, decía Natal Alejandro, fué instituida por el noble guipuzcoano san Ignacio de Loyola, etc. Refiere despues su fundación, habla de los santos que en ella florecieron, de sus muchos y célebres escritores y sabios, de su gran valimiento en las cortes de los soberanos católicos, y de su espulsion de Portugal, Francia, España, y otros reinos; y concluye haciendo ver que al modo que hay ciegos apasionados de los jesuitas que no quieren ver ninguna causa de su ruina, hay tambien que se esceden en hablar contra ellos. «Mientras que la gente sensata, dice nº 86, consideraba las justas y gravísimas causas de tan pasmosa caída con los tranquilos afectos que dictan el respeto á los soberanos, la caridad cristiana, y la veneración debida á la cabeza de la Iglesia, se acaloraban con demasia los ánimos de muchos á favor ó contra los jesuitas, y llegaron á verse dos estremados modos de pensar enteramente contrarios, é igualmente injustos.»

Gentes hubo que hechas á no ver sino las cátedras, púlpitos y confesonarios en que había jesuitas, se figuraban que estrañados estos de un reino, ya no habría enseñanza de catecismo, ni predicación de la divina palabra, ni frecuencia de sacramentos, y en breves años ni religion. Ciegos por el espíritu de partido no veían que aun en tiempo de los jesuitas hubo muchísimas cátedras, púlpitos y confesonarios á mas de los suyos; y que en el clero secular, y demas órdenes religiosas, se multiplicarian los ministros laboriosos cuanto exigiese la falta de aquellos: ni veían siquiera que la Iglesia había subsistido mas de mil y quinientos años sin jesuitas; y que es una especie de blasfemia imaginarse que la religion esta-

blecida universalmente en un reino ha de perecer por la sola falta de una orden religiosa particular. Asimismo porque algunos filósofos deístas ó ateístas manifestaron antes deseos de la ruina de los jesuitas y despues complacencia cuando se verificó, querían algunos apasionados de estos figurarse que todos los golpes contra la compañía venían de una conspiración de ateístas, que procuraba comenzar por los jesuitas la ruina del cristianismo.

Ciegos de pasión, no reparaban que tanto los soberanos como los tribunales y ministros que mas parte tuvieron en la destrucción de la compañía ardían en zelo de defensa de la fe, y en vigilancia para que no se introdujesen en sus estados, ni las personas ni los libros de los deístas y ateístas. Eran antiguos los clamores de gente sabia y timorata contra algunas opiniones y máximas de gobierno de la compañía, y los deseos de que se reformase. Eran fáciles de atinar algunas causas que influían en que se creyese entonces la reforma mas necesaria y menos asequible, y por consiguiente convenientísima la espulsion. Era además cosa ridicula é injusta cerrar los ojos por no ver la buena intención con que muchas personas respetables por todas sus circunstancias procuraban la destrucción de la compañía como útil entonces á la Iglesia y á los estados. Y por lo mismo era un verdadero fanatismo atribuirle á manejos de ateístas: manejos cuya existencia no se funda sino en leves sospechas, y cuya eficacia en aquellos tiempos y circunstancias era del todo inverosímil. Por lo demás, no es de admirar que los ateístas ó deístas aborreciesen á los jesuitas, como á todos los católicos sabios y zelosos: ni que Voltaire, que á veces alababa á los jesuitas, y á veces á los jansenistas, y que tanto hablaba de humanidad y tolerancia, con todo ya por aquellos años confidencialmente manifestase á un amigo sus deseos de que fuesen arrojados al profundo del mar los jesuitas atados cada uno de ellos con un jansenista, y de que el último de los jesuitas fuese sufocado con los intestinos del último jansenista. Estas bárbaras espresiones, muy dignas de los falsos filósofos, podrán denotar las disposiciones de su ánimo; pero no por eso debemos atribuirles ningun particular influjo en las providencias contra los jesuitas, ni en las que se tomaban contra los jansenistas.

Obra de los ateístas parecían las declamaciones ó invectivas que salieron entonces de la boca de algunos católicos contra los jesuitas. Cerrando los ojos á todo lo bueno que estos hacían, abultando los defectos de algunos de ellos y fingiéndolos generales, no les acumulaban menos que un plan concertado de aserrar y hacer caer el árbol de la Iglesia. Porque solían defender el probabilismo en las dudas morales, se les atribuía un pestilencial probabilismo en materias de fe; esto es, porque defendían que puede seguirse en las dudas morales aquella opinión que varios católicos doctos y sabios juzgan probable, aunque la contraria parezca mas probable, se pretendió que defendían tambien que puede salvarse cualquiera

que en materias de religion se conforma con algunos hombres literatos ó sabios, aunque sea contra las verdades católicas. Porque los mas de los jesuitas en las materias de gracia y de costumbres solian abrazar las opiniones menos favorables á la fuerza de la gracia y de la ley, se trataba á la compañía de cuerpo enemigo de la gracia y de la ley del Evangelio, y de protectora de la relajacion de costumbres. Porque el interes que suelen tomar los individuos en el honor y grandeza del cuerpo era especialmente vivo en la compañía, sin que sea de admirar que algunos de los jesuitas se escudiesen en este punto, se llegó á atribuir á todo el cuerpo el espeso designio de mandar en lo espiritual y temporal en todas partes, y de promover y cohonestar con tan loca ambicion las rebeliones, los venenos y asesinatos, los cultos idolátricos, y toda suerte de delitos.

De esta manera fermentaban en el seno mismo de la Iglesia ó entre católicos dos ilusiones diametralmente opuestas. Para unos, cualquiera que se esplicase contra los jesuitas, sus opiniones ó máximas, ó que creyese que la compañía necesitaba de reforma, ó que en aquellas circunstancias convenia su estincion, habia de ser ateista, ó por lo menos hereje jansenista. Para otros, todo jesuita ó amigo de los jesuitas habia de ser á lo menos sospechoso á la Iglesia y al estado, como hombre pronto á sacrificarlo todo al idolo de la compañía.

## II.

(*Historia eclesiástica*, libro XVI, número CDXIII.)

Semejantes partidarios del falso celo son, con los incrédulos y los herejes, los enemigos de la Iglesia, contra cuyos combates y ardidés me propuse prevenir á mis paisanos, facilitándoles con esta obra un mediano conocimiento de la Iglesia. No la he escrito para los que estudien con el fin de salir en defensa de sus verdades y leyes, de rebatir á los enemigos que las impugnan, y de trabajar en su conversion. Para esto es menester acudir á aquellas obras sabias en que todas y cada una de las verdades, costumbres, leyes ó providencias de la Iglesia se hallan aseguradas, como un muro inespugnable, con una larga serie de argumentos sólidos, y con eficaces soluciones que derriben cuanto se les opondrá. Pero entre los maestros de la Iglesia y el vulgo mas sencillo é ignorante, á quien basta alguna noticia del catecismo, hay un grande número de gentes de todas clases, que por tener mas tiempo, mas talento, ó mas facilidad, deben instruirse mas en la doctrina de nuestra religion, y por estar mas espuestos á tentaciones contra la fe han de poner mayor cuidado en afirmarse en sus fundamentos.

Estas observaciones, que sin duda se verifican en la mayor parte de la gente acomodada, y en todos los que se dedican á cualquiera profesion de letras, y especialmente en los jóvenes cuando entran

en la carrera eclesiástica, me hicieron creer que seria conveniente á nuestra España una historia de la Iglesia, que diese á conocer cómo se estableció, cómo se propagó y cómo se ha conservado hasta ahora: que escitase la memoria de los que mas se distinguieron entre los mártires que la atestiguaron, entre los sabios que la defendieron, los santos que la ilustraron, los prelados que la gobernaron, y tambien entre los enemigos que la persiguieron; y diese ademas una idea suficiente de las verdades que la Iglesia enseña, del gobierno con que se rige, de las leyes que promulga, de las máximas que persuade, de las costumbres que autoriza, y de los errores y vicios que detesta. Pero no trato tan importantes asuntos con la estension de que son susceptibles; pues aunque me propuse evitar los defectos mas comunes de los compendios, no quise que la multitud de volúmenes hiciese desmayar á los lectores.

En la variedad de especies oportunas que fácilmente se ofrecen sobre cualquiera de los artículos insinuados, ha sido muchas veces difícil la separacion de las que debian omitirse; y aunque procuré adoptar las mas importantes, no me lisonjeo de haberlo conseguido siempre, y mucho menos de haber siempre tenido presentes todas las que hacian al caso. Sin embargo me parece que en lo que digo sobre cada uno de los asuntos particulares, á lo menos reuniendo por medio del indice general de materias los varios lugares en que es preciso tratar de una misma cosa, tendrán aquellos para quienes escribo suficiente instruccion para saberse desprender de los incrédulos, de los protestantes, y de los partidarios del falso celo, sin hacer caso de cuanto digan, ni siquiera oírlos siempre que puedan evitarlo. La sencilla relacion y breve esplicacion de los hechos, dogmas, gobierno, leyes, máximas y costumbres de la Iglesia, bastan para desvanecer casi todas las calumnias y la mayor parte de los sofismas de las tres mencionadas clases de sus enemigos; pues calumnias y sofismas nacen casi siempre de hechos fingidos ó desfigurados y de poco conocimiento de la doctrina de la Iglesia.

Mas el fruto que especialmente deseo y espero que saquen de esta obra los que la lean, es el afirmarse en las dos importantes verdades: de que la Iglesia fué establecida ó fundada por el mismo Dios; y de que la Iglesia católica que existe ahora sobre la tierra es la misma que Dios fundó, igualmente digna ahora que en los primeros siglos de toda nuestra veneracion y amor. El divino origen de la Iglesia queda probado, especialmente en los libros cuarto y décimocuarto; y de su constante permanencia hasta el fin del mundo se ha hablado determinadamente en varias partes. Pero ambas verdades son un resultado tan notorio del contesto de toda la obra, que no puede dejar de darles asenso el hombre que use de razon. En cuanto se dice desde el principio hasta el fin resplandecen la inteligencia y la fuerza superiores á los hombres, que desde la creacion del mundo le fueron preparando para el establecimiento

de la Iglesia cristiana, que al llegar la plenitud de los tiempos la fundaron, y que desde entonces están velando en su conservación. No hay época en que pueda decirse que Dios la ha desamparado.

Nunca le faltó la pureza de la doctrina ni la legitimidad de los pastores. Si el resumen que hay en el libro tercero, de la doctrina que se nos enseña en los libros del Nuevo Testamento, se compara con la que se nos da en las obras de los Padres de los tres primeros siglos, y de los otros tres siguientes, con los escritos eclesiásticos de las épocas tercera y cuarta, con los cánones y decretos del concilio de Trento, y con los catecismos que se usan ahora en los países católicos, se verá claramente que aquel cuerpo de doctrina, que en su misma elevación demuestra ser enseñada por Dios, aquel precioso depósito con que el Señor enriqueció á la Iglesia su esposa, ha permanecido íntegro, fielmente conservado por espacio de diez y ocho siglos, trasladado sucesivamente de mano en mano desde el mismo divino Maestro hasta nosotros. No menos que la sucesión de la doctrina, es evidente la sucesión de los pastores, reunidos como en su centro y cabeza en los pontífices romanos. La serie sucesiva de los discípulos del Señor, que bautizan ó administran sus sacramentos, y predicán ó enseñan su doctrina, con quienes en cumplimiento de su indefectible palabra ha de permanecer hasta el fin de los siglos, no se ha interrumpido hasta ahora. Y al modo que san Agustín arguyendo contra los donatistas pudo oponerles la serie de los sucesores de san Pedro hasta su tiempo, podemos nosotros catorce siglos después defendernos contra los ataques de los herejes y cismáticos de ahora, con la fuerte cadena continuada desde san Pedro hasta Pio VII.

### III.

(*Historia eclesiástica*, libro XVI, número CDXIII.)

Porque lo que importa á todos los católicos, sean sabios ó ignorantes, sean simples fieles ó ministros de la Iglesia, es buscar su seguridad en la veneración y amor que se le debe. Esta veneración ha sido en todos tiempos el escudo impenetrable, con que mejor han rebatido los cristianos las envenenadas saetas de la corrupción y de la mentira. Esta es la que basta igualmente ahora para preservarlos del hechizo de la incredulidad, de los engaños de la herejía y de las ilusiones del falso celo. No menos que los discípulos de los apóstoles, y los fieles de los primeros siglos de la Iglesia, deben los de ahora ser atentos en oír-la, dóciles en creerla, tiernos en amarla, puntuales en obedecerla, zelosos en propagarla, constantes en defenderla, y pacientes en sufrir por su causa cualesquiera calumnias, ultrajes y persecuciones.

### IV.

*Definición de los nombres incredulidad y superstición, y de los otros dos fe católica é Iglesia militante.*

(Diseño de la Iglesia militante.)

Llamo *incredulidad* al error de los que niegan toda revelación divina, ó que Dios haya hablado á los hombres de otro modo que dándonos los sentidos del cuerpo y el entendimiento ó la razón para discurrir sobre lo que conocemos con los sentidos. Y llamo *superstición* al error de los que creen, si, que Dios ha hablado á alguno ó á algunos hombres; pero tributan el asenso de fe divina á misterios ó máximas que son errores y meras opiniones; y en el culto de Dios y veneración de sus santos se escuden contra las reglas de la virtud y de la religión. La más abominable de las supersticiones es la *idolatría*, según la cual los sacrificios ó las adoraciones ó cultos que deben ofrecerse únicamente á Dios se ofrecen á varias criaturas, no solo á hombres muertos, animales ó plantas, ú otras cosas criadas que son obra de Dios, sino también á las estatuas de piedra, metal ó madera que representan á algunas criaturas, y no han salido de la mano de Dios, sino de las manos de los hombres. Es también superstición muy detestable la de los musulmanes, de los bonzos y de otras muchas sectas introducidas por algún hombre que supo fingir que hablaban los dioses, ó el Dios altísimo ó el Dios único.

Aun entre los que reconocemos la revelación del mismo hijo de Dios hecho hombre se hallan varios géneros de ilusiones que son supersticiones verdaderas mas ó menos reprobables en el culto de Dios. Las hay espantosamente criminales, especialmente entre los herejes, que de negar la *fe divina*, caen fácilmente en la superstición idolátrica de creer como de fe ó verdad revelada alguna doctrina falsa, ó meramente inventada por el ingenio de los hombres; y las hay que son puros efectos de ignorancia ó error tal vez inculpables. Así por ejemplo, en el culto ó veneración que los católicos damos á la madre de Dios, á los mártires y demás santos especialmente favorecidos de Dios, es fácil que las almas piadosas y sencillas caigan por inadvertencia ó por inculpable preocupación en algunas faltas ligeras; pero son sin duda faltas muy criminales las de aquellos que dominados de la avaricia, de espíritu de partido, de la vana curiosidad ó de otras viles pasiones, se quieren figurar lícito fingir milagros, desfigurar textos ó dichos de santos y de personas piadosas, y abusar de la sagrada escritura para promover devociones ó prácticas contrarias ó poco conformes con el verdadero espíritu de la devoción y religión cristiana.

En este lugar son precisas algunas observaciones en orden á las supersticiones cristianas. 1º Hay supersticiones que no solo se oponen á la caridad cristiana ó á la virtud de la religión, que es la

que prescribe el buen orden en el culto de Dios, sino tambien á la *fe católica*, á la cual se contradice de dos modos muy distintos; á saber, no creyendo un artículo revelado por Dios y tambien creyendo que es revelado de Dios un punto ó artículo que realmente no lo es. El primer error suele ser *heretical*, y parte ó efecto de la *incredulidad*: el segundo error puede ser no mas que *supersticioso*; esto es, un *exceso en estender el asenso de la fe mas de lo justo*. El primer exceso es sin duda heretical siempre que la Iglesia ha propuesto claramente el artículo como de fe; pues entonces negar el artículo es *falta de fe obligatoria*.

2º La falta de fe puede ser de dos maneras: puede negarse que el artículo sea revelado; y puede tambien suponerse ó creerse que realmente consta en la Escritura como revelado, y con todo negar que la Iglesia haya propuesto ya tal artículo como de fe. Por lo mismo este segundo error tambien es *heretical*, cuando es notorio é indudable que la Iglesia ha propuesto el artículo como de fe.

3º Téngase presente que mientras que en la Iglesia se duda y se averigua si algun punto fué ó no revelado por Jesucristo á los apóstoles, ó si está ó no comprendido en el depósito de la fe, el tener por de fe un punto ó artículo que no lo es, puede ser error *supersticioso* sin ser heretical; como sucederia si el punto realmente no fuese de fe, ni en la decision afirmativa ni en la negativa.

4º Toda supersticion nace de error, ó contra la *fe* ó contra la *caridad*; y contra ambas virtudes hay supersticiones que se oponen directamente á alguna de ellas, y la destruyen ó quitan del alma; y las hay que directamente solo se oponen á la virtud de la *religion*, ó al buen orden del culto de Dios. Estas por lo comun son faltas ligeras que ni destruyen la *fe* ni la caridad; mas no pocas veces son faltas graves ó pecados mortales, y entonces la caridad queda destruida por ellas.

5º Unos mismos errores hereticos ó supersticiosos son á veces culpables, y á veces inculpables, segun son las personas, los tiempos, los lugares, y las demas circunstancias. Y la culpa, cuando la hay, puede ser falta ó defecto particular del entendimiento, y puede tener mas ó menos parte en ella la voluntad. Sobre lo cual es del caso advertir que entre las faltas propias del *entendimiento*, sean ignorancias ó sean errores, y las de la *voluntad*, sean omisiones ó sean actos positivos, hay dos notables diferencias. Porque en primer lugar las faltas del *entendimiento* fácilmente son del todo involuntarias y por lo mismo inculpables; pero las de la *voluntad* suelen ser voluntarias, á lo menos en su raiz ó en su causa, en todo acto deliberado, y solo dejan de serlo en los primeros movimientos. Ademas en las faltas de la voluntad la culpa llega á ser grave ó gravísima con mucha mas facilidad y prontitud que en las faltas del entendimiento.

Mas que en formar exacto concepto de lo que es la incredulidad y la supersticion, es justo tener fijadas en este artículo con claridad y distincion las ideas de la *Iglesia militante* y de la *fe católica*. Una y otra me parecen muy oportunamente descritas y fijadas en las impor-

tantísimas *seis cartas* que el sabio jesuita P. Scheffmacher, catedrático de Strasburgo, dirigió á un *gentil hombre protestante* para demostrarle que estaba separado de la *verdadera Iglesia militante* en que están reunidos todos los fieles mortales ó vivientes unidos con JESUCRISTO. Muy á los principios de la primera carta fija la idea de la Iglesia militante con estas palabras: « Declaro que con la palabra *Iglesia de JESUCRISTO* no entiendo mas que la sociedad de los fieles fundada por JESUCRISTO, estendida por los apóstoles, continuada en la dependencia de los primeros cristianos, perpetuamente transmitida hasta nosotros por los hijos de los fieles, gobernada siempre por pastores herederos de la fe y de la silla de los que los precedieron, esparcida por toda la tierra, visible en todos tiempos en el ejercicio de las funciones del ministerio sagrado. Esta es la Iglesia á que JESUCRISTO hizo sus promesas: esta es la Iglesia que desde su establecimiento ha subsistido hasta ahora sin interrupcion y subsistirá hasta el fin de los siglos: esta es la Iglesia que no es posible que enseñe errores contrarios á la fe, ni mande administrar mal los sacramentos: ella es la Iglesia de que nunca es lícito separarse y fuera de la comunión de la cual no hay que esperar salvacion: ella es aquella Iglesia de que nunca se ha separado nadie sin incurrir en la nota de cismático ó de hereje. » Tal es la verdadera Iglesia de JESUCRISTO; de esta manera es *católica* ó *universal*, y obra verdaderamente divina, como fundada por JESUCRISTO, el cual siendo verdadero hombre, ha sido y es tambien verdadero Dios.

De aquí se sigue que la fe de los católicos ó de los hijos de la *verdadera Iglesia de JESUCRISTO* ha de ser una *fe católica* ó *universal* en orden á los tiempos, lugares y personas. Esto es, ha de ser una fe que sea y se conserve *siempre la misma* desde que JESUCRISTO la depositó en su Iglesia militante hasta su segunda venida ó hasta el fin del mundo: *siempre la misma en todos los tiempos y en todos los lugares* ó países de la tierra en que alternativa ó sucesivamente se halle mas ó menos dispersa ó estendida: *siempre la misma en todas las personas* de los hombres mortales que sean verdaderos miembros del verdadero cuerpo moral de JESUCRISTO. Ha de ser tambien la fe católica una *fe divina*, esto es fundada ó apoyada en las palabras del mismo Dios: al modo que la fe humana es la creencia de lo que dicen los hombres. En la fe humana estamos viendo que muchas veces no podemos dar asenso ni tener confianza en lo que los hombres nos dicen: ya por desconfianza de la instruccion ó falta de criterio y veracidad del autor del aviso ó de la noticia, ya tambien por ser incierto que realmente la noticia venga del respetable autor á quien se atribuye. Mas en orden á la *fe divina* estamos los católicos muy seguros de que nuestra fe es firmísima ó infalible; porque el criterio, regla ó nivel de su verdad y certeza es la *revelacion divina*; y es muy notorio que Dios ni puede engañarse ni engañarnos en ninguna de sus palabras. Por otra parte para probar que es *firme*

y prudente la fe católica ó de los católicos, basta hacer ver que es racional ó conforme con la recta razon el asenso firmísimo que los católicos damos al hecho de que son reveladas por Dios todas las verdades ó misterios que la Iglesia nos propone como reveladas, y son las que nosotros creemos como fe divina. Pues á los que estamos bien convencidos del hecho de que este ó aquel dogma ó misterio nos lo propone la Iglesia fundada por JESUCRISTO como parte del depósito de la fe divina que el Señor le confió, no puede disputárseles el derecho ni la obligacion de creer tal dogma ó tal misterio con el asenso firmísimo de la fe divina. Despues defenderémos este principio ó fundamento de la fe católica, contra las ilusiones de los herejes y cismáticos que no quieren conformarse con algunos puntos ó artículos particulares de nuestra fe. Ahora desvanecerémos los argumentos con que procuran ofuscarle aquellos anticristianos, que no quieren reconocer como revelada de Dios la doctrina que con sus ejemplos y palabras comunicó JESUCRISTO á los apóstoles. Pero antes de todo importa conocer el principal origen y fomento de la impiedad, y recordar las verdades de la luz natural que mas nos sirven para defender la fe católica.

## V.

*Principal origen de las ilusiones de la incredulidad contra las luces de la razon natural y de la revelacion divina.*

(Diseño de la Iglesia militante.)

Los incrédulos del siglo pasado y del presente se han dado particularmente á conocer por la audacia en gloriarse de no tener religion, en impugnarla de palabras y por escrito, y en formar conspiraciones con la capa de filósofos ó de literatos: lisonjeándose de que ya componian un ejército ó partido formidable que acabaria prontamente con todos los establecimientos ó instituciones relativas á religion. Pero mirando de cerca cualquier reunion de los prosélitos de la filosofia antireligiosa, ha sido siempre y es fácil conocer que no ha habido ni hay en ellos ni amor á la verdad, ni conatos, ni deseos de hallarla en las dudas relativas á la religion, ni persuasion comun de algun sistema sustituido á la religion que habian recibido de sus padres. No se ve mas que ser unos ateos, otros deistas, y otros puramente escépticos ó indiferentes á todo: de los deistas, unos negar que Dios cuide de los hombres, y otros pretender que gusta de que le den culto, sin meterse en que sea verdadero ó falso, bueno ó malo. Muchos negar la inmortalidad del alma, no pocos tener por superfluo el exámen de si lo es ó no, y casi todos saltar con la mayor ligereza de uno de estos errores á otro: ser por la mañana ateos, por la tarde deistas; hoy no querer ninguna religion suponiéndolas todas malas, mañana alabarlas todas como igualmente buenas; y en una misma conversacion, y tal vez en una misma hora

de estudio, variar muchas veces de sistema, segun el distinto tomo ó página de un mismo tomo de las obras de Voltaire, Rousseau, ú otros oráculos que se está leyendo; ó en fuerza de algun dicho audaz en que con aire de novedad se insulte alguna verdad eterna. Mas en lo que los hallamos siempre unidos y constantes es en clamar continuamente contra los que llaman abusos y excesos de la supersticion; siendo el objeto de su odio no los verdaderos abusos, excesos ó defectos de la religion ó culto de Dios, sino las verdades eternas que la misma razon natural enseña sobre la bondad, la justicia y la providencia de Dios y sobre la espiritualidad del alma: de las cuales y de la constante esperiencia con que vemos hombres justos llenos de miserias y trabajos de la vida mortal, y hombres de pésimas costumbres gozando hasta la muerte de salud robusta y de grandes honores, bienes y regalos de este mundo, se sigue la indudable consecuencia de que á la muerte del cuerpo ha de seguir otra vida en que la justicia y la bondad de Dios hagan la debida distincion entre los hombres buenos y los malos, conforme al buen uso ó al abuso que hayan hecho de sus conocimientos y afectos de su libre albedrio.

Esta notoria verdad es el freno que si no detiene, á lo menos incomoda á los incrédulos cuando se dejan arrastrar del torrente de sus pasiones y de sus desarregladas costumbres. La virtud es lo que aborrecen en las verdades religiosas, tanto en las naturales como en las reveladas. En los mismos desórdenes de la supersticion, que por desgracia se mezclan á veces con el ejercicio de la religion verdadera, lo que mas aborrecen los incrédulos no es lo que hay de errado ó absurdo, pues lo miran con indiferencia y tal vez lo alaban en otras partes; sino las espantosas amenazas y los fantasmas, digámoslo así, con que tal vez la supersticion imprudente de algunos católicos pretende hacerlos virtuosos á viva fuerza por mas que no quieran. « Mas quiero, dice uno de ellos, ser aniquilado de una vez que arder para siempre: mas vale ser bestia, que ser condenado. Una opinion que me libra de los temores mas fatales de este mundo, me gusta mas que la incertidumbre en que me deja la opinion de que mi suerte eterna está en manos de Dios. » El impio que así habla (*véase Vergier, Diction., etc., verbo Incrédules*) declara bien sus deseos ó la opinion que le gusta; mas en cuanto á la que tiene, indica bastante que en su interior tiene todavia mas fe de lo que quisiera. Es de aquellos que, como decia Bayle de muchisimos de su tiempo, hacen alarde de ser incrédulos sin serlo, y solo porque desean serlo. Pues dominados de la loca soberbia piensan acreditarse de hombres de agigantada fortaleza de espiritu, porque hacen la guerra al cielo, ó porque blasfeman contra Dios, y se abandonan á los vicios mas repugnantes al pundonor, á la sinceridad y al candor de la bondad moral que nos inspira la recta razon. Procuran librarse de los importunos latidos que escitan en su corazon las ideas de premios y castigos posteriores á la vida

presente, que suelen tener en él grabadas desde la niñez. Quisieran tener por falsas tales ideas; y no pudiendo lograrlo ni con argumentos que los convenzan, ni por autoridad que les merezca respeto, no hallan otro recurso que el llenarse la cabeza de sátiras y calumnias, que, aunque fundadas sobre falso, parecen á veces ingeniosas por ser estrañamente audaces y blasfemas: las repitan é inculcan sin cesar, burlándose de todo lo sagrado, y procurando la seduccion de toda clase de gentes: y con este continuo atolondramiento llegan algunos á cegarse ellos mismos, y tener en su imaginacion un incesante torbellino de ilusiones ó errores, que no deja nunca fijar su alma ó su entendimiento en ninguna de las verdades reveladas naturales ó sobrenaturales, que son las luces ó guías de la recta razon.

El materialismo ó el error de los que pretenden que nuestra alma no es mas que materia ó mecanismo de la materia, es el corrompido lago en que fermentan y de que salen los mas contagiosos y violentos torbellinos de la incredulidad. Y Lucrecio en su famoso poema de *la Naturaleza de las cosas* reunió con tanto conato todos los errores de los materialistas antiguos, y se han valido los modernos con tanta ansia de su trabajo, que bien podemos mirar aquel poema como una corriente filosófica que sale del borrascoso y fétido lago del materialismo: pero sale con aguas ó doctrinas corrompidas tan encubiertas y disfrazadas con bellezas poéticas, que presentan como plácido y tranquilo vado el que en todas sus partes es la boca del profundo abismo de la impiedad, en que resbalan fácilmente, y quedan pronto sumergidas las almas que se acercan á registrarle.

Los principales argumentos de los materialistas se reducen á que el alma debe ser materia como el mismo cuerpo, para que pueda haber entre el alma y el cuerpo las mutuas relaciones que estamos viendo; pues el alma por una parte conoce por medio de los sentidos del cuerpo, y es movida por el cuerpo, al paso que ella mueve al cuerpo comunmente *como quiere y cuando quiere*; y al mismo tiempo pende el alma de la organizacion del cuerpo en todas sus operaciones y movimientos mientras que está unida con él. Al modo que los materialistas niegan que haya espíritus, ó á lo menos pretenden que no los hay que puedan mover á los cuerpos, solo porque no entienden cual es la esencia de un *ser* espiritual, y en qué consiste la actividad con que puede mover al cuerpo, ó ser movido por él: asimismo niegan la posibilidad de la creacion, de la inmortalidad del alma, de la providencia de Dios y de otras verdades claramente demostradas por la razon natural, solo con el pretesto de que no entienden cómo puede verificarse. La misma razon alegan contra muchas verdades reveladas por el Verbo de Dios hecho hombre. Y á este argumento general responderémos muy de propósito: porque de tal ilusion, no menos que de los errores de los materialistas é incrédulos, nacen los argumentos de la supersticion

que mas han causado las divisiones antiguas y modernas de la Iglesia cristiana: esto es, las espantosas ruinas de tantas partes del edificio levantado sobre la confesion de san Pedro. Pero antes es menester fijar algunas verdades claramente manifestadas por la luz natural, que sirven muchísimo para desvanecer todas las ilusiones de la incredulidad y de la supersticion, particularmente dirigidas contra la revelacion divina verdadera en sus tres épocas de la ley natural, de la mosaica y de la evangélica.

## VI.

*El espíritu de Religion.*

(Felicidad de la muerte cristiana.)

La primera virtud con que debe renovarse el que se dispone para comparecer en la presencia de Dios, incluye muchas: y á esta virtud compuesta de varias yo la llamo *Religion del corazon*. En primer lugar ella nos instruye para conocer bien lo que debemos adorar, y como lo debemos adorar: nos enseña á no adorar sino á Dios, y á adorarle por Jesucristo, esto es, por sus méritos y por su gracia, en su cuerpo y por su espíritu: el cual siéndonos dado nos inspira una feliz disposicion de ánimo intima y permanente, que le tiene penetrado de estimacion, de respeto, de sumision, y de dependencia en orden á Dios, y á todo lo que conocemos de las perfecciones divinas, de los misterios que nos ha revelado, de la conducta de su providencia, y de los dones que nos comunica; en una palabra, de todo lo que es Dios. Feliz disposicion que tiene su raiz ó principio en la fe viva y amorosa de la grandeza de Dios, de su santidad, sabiduria, omnipotencia y bondad infinitas.

El que tiene su corazon y su ánimo tan felizmente dispuestos, jamas forma ideas bajas del Ser infinito é increado: desecha todo pensamiento que atribuye á Dios alguna cosa indigna de su grandeza, ó que le compara en algo con las criaturas: tiene siempre muy presente aquella espresion del arcángel san Miguel: *Quis ut Deus?* Quién es semejante á Dios? y estas otras que el mismo Dios dirige á los hombres: *Mis pensamientos y mis designios son muy diferentes de los vuestros. Mi conducta y mis caminos distan de los que siguen los hombres mas que el cielo de la tierra.* Todo lo que ve en este mundo, por grande, por elevado, por formidable y por magnifico que sea, le parece lo mismo que nada cuando lo compara con Dios.

El que se halla en tan santas disposiciones jamas piensa en Dios ni en las cosas de Dios, sino con el sentimiento de una profunda veneracion: no habla del Señor sino con suma reverencia: no oye ni lee su palabra sino con gran sumision: está penetrado de respeto en su divina presencia, que casi nunca pierde de vista. Y cuando

se le ofrecen ocasiones de ejercer esteriormente algunas acciones del culto divino, ceremonias ó prácticas de religion, por ejemplo la oracion pública, la salmodia, la asistencia al sacrificio de la santa misa, etc., las practica de modo, que se ve claramente que sale de la plenitud de su corazón aquella religion que se difunde en presencia de los hombres, y que realmente adora á Dios en *espíritu y verdad*.

Ademas de que se halla en esta disposicion, no tiene otra regla de vida que la voluntad de Dios. Sabe que no ha recibido de Dios el ser que tiene, sino para venerarle y obedecerle ciegamente. Halla sus delicias en depender de las órdenes de Dios en todo momento, estar en manos de su providencia en todas sus empresas; en no ser, ni hacer nada en el tiempo ni en la eternidad sino lo que disponga la soberana voluntad de Dios y en estar únicamente con él. Tal era la disposicion en que se hallaba el real profeta cuando decía: *Mi bien consiste en estar unido con Dios, y en no tener confianza sino en el Señor.*

Por último, como la mayor señal de adhesion á la voluntad de Dios consiste en amarle mas que la propia vida, el cristiano cuyo corazón está dispuesto ó animado con el espíritu de religion, ofrece un verdadero testimonio de su respeto á la grandeza de Dios y del deseo que tiene de rendirle homenaje de todos los modos posibles y con el sacrificio de todas sus cosas, estando siempre pronto á ofrecerle tambien el sacrificio de su propia vida, teniéndose por muy feliz de poder á lo menos por este medio reconocer y venerar el soberano poder y la perfeccion infinita del ser y de la vida inmortal de Dios.

## VII.

*Carta al ex-jesuita don Buenaventura Prats (1).*

San Ildefonso, 9 de junio de 1805.

Mi estimado dueño y amigo: recibí el mes pasado con inesplicable aprecio la de usted escrita en Albano, no sé si muy atrasada porque vino sin fecha; pero algo sin duda por la casualidad de estar yo fuera de casa encerrado en el Escorial, pues S. M. me envió á visitar aquel monasterio, usando las facultades que se reservó el fundador, y para cortar algunas dudas sobre quiénes habian de ser los visitantes del Orden. De paso ya ve usted una molestísima distraccion que me separa por algunos meses de la revista de mi *Historia eclesiástica*, en que empezaba á trabajar con actividad, porque no puedo diferir mucho la segunda edicion. Entre tanto he impreso unas adiciones á

(1) Esta carta está sacada del *Apéndice á la Vida* del ilustrísimo señor arzobispo de Palmira, escrita por el ilustrísimo señor obispo de Astorga (p. 436).

los diez primeros tomos, porque hay alguna que particulares motivos me obligaban á publicarla luego, y no tuve por conveniente que saliese sola al público. Por la primera ocasion irán á Roma algunos ejemplares del cuaderno, y se entregará á usted el correspondiente, deseando que con especialidad examine lo que digo sobre los cánones de matrimonio del Concilio de Trento.

Pero vamos á hablar algo de las oportunisimas observaciones que hace usted sobre mi obra, en las que veo el corazón de un buen amigo y el juicio de un sabio de sólida instruccion; y por lo mismo el acierto con que supliqué á usted que se tomase este trabajo. Algunas me habian ocurrido y se me habian advertido: otras han venido impensadas, y todas contienen ideas que me son utilisimas y me harán trabajar con mas gusto y con mas esperanza del acierto luego que Dios quiera que pueda dejar á un lado las Leyes y costumbres de coro y refectorio del Escorial, y hacer un nuevo viaje por el delicioso pais de la Historia eclesiástica.

La primera observacion de usted es sobre el modo con que hablo de los sabios filósofos de la antigüedad gentil. Es uno de los puntos que mas estudié, medité y consulté. Pero nunca supe dejar de tener por verdaderas estas dos proposiciones: 1ª Desde los hijos de Noé por tradicion, y desde la Judea en varias épocas, se esparcieron por todos los pueblos muchisimas verdades reveladas por Dios, al principio á los patriarcas y despues á los profetas: verdades no solo morales, sino tambien dogmáticas ó misteriosas. 2ª Estas verdades se confundieron y mezclaron con mil errores en todos los pueblos: las morales especialmente por el influjo de las pasiones de la naturaleza corrompida; y las de misterios ó especulativas, como que el mundo salió de la nada, la Trinidad, la venida de un legislador ó Redentor divino, etc., por la vanidad de los sabios filósofos que quisieron acomodar á las luces de su razon unas verdades tan superiores á ella. Y de ahí nace que en los libros y memorias de los sabios y pueblos gentiles no hallamos puras estas verdades, sino indicios ó restos de ellas entre mil errores. Persuadido de la verdad de estas dos proposiciones, no pude dudar de que importaba muchísimo inculcarlas, especialmente la segunda. Porque el error mas temible en la época actual (á lo menos en nuestra España) es el puro deísmo, que lejos de reconocer verdades reveladas, pretende que las ideas de creacion de la nada, de Trinidad de personas en Dios, de legislador ó reparador divino, son puros efectos de las meditaciones de los filósofos. Usted me alaba el método que en esto sigue Warburton: no le tengo á mano, y tiempo hace que no lo he visto; pero si no me engaño mucho, hace ver tambien grandes desvarios de los mayores filósofos en las verdades de la religion, aun en las morales. Y entre mis notas hallo que Warburton demuestra que Platon, Pitágoras y los mas ilustres filósofos que en sus libros de leyes y otros escritos para el pueblo hablan mucho de penas y premios de otra vida, se burlaban todos en su interior de esta opi-



nion popular, y que ninguno de ellos, á no ser que sea Sócrates, la tuvo por verdadera, y con este motivo observa que con grande confusion de la humanidad ó de la razon humana debe confesarse que los sabios mas respetados de la antigüedad se imaginaban que era lícito enseñar una cosa y pensar otra; y engañar al pueblo aun en cosas de religion cuando la ficcion ó engaño podia ser útil al público.

Cuanto me dice usted sobre falta de datas cronológicas, de remisiones oportunas, de breves citas marginales, de memoria de personas y sucesos contemporáneos al que se refiere, etc., son advertencias que me servirán muchísimo. Aprecio igualmente las críticas noticias que usted me da de las ediciones de Plutarco, y de escritos hasta ahora inéditos de autores eclesiásticos antiguos, etc.

Es cierto que desde el siglo séptimo en adelante hay en mi obra escasez de noticias y falta de estension en las que doy. Esto en general entra en mi plan, como advertí al principio del tomo v. Sin embargo, conozco que deben añadirse varias pinceladas, ya para quitar algunas sombras, ya para que pueda ser mas viva la apologia que desde la página 293 del tomo ix hice de los siglos llamados de ignorancia. Tambien convengo en que debe estenderse algo la noticia de los tres ó cuatro siglos anteriores al concilio de Trento. Mas en cuanto á los tiempos posteriores, aseguro á usted que conocí antes de emprender el trabajo que habia de andar siempre pisando espinas, y así lo he experimentado. Pero creo que para mi fin de inspirar horror al deísmo y á la erudicion superficial, que en todo pone dudas, y veneracion á la Iglesia y á sus determinaciones y disposiciones, no podia dejar esta última época, y me parece que usted convendria en ello si lo pudiésemos hablar de silla á silla. Pasages hay que los habré escrito diez veces dándoles diferente *tour*, como usted dice; y con todo serán muchos los que en la segunda edicion comparecerán con otro nuevo, y de esta clase son los principales que usted apunta. Repito, pues, las mas espresivas gracias por la amistosa censura; y repito tambien la súplica de que cualquiera otra especie que ocurra á usted digna de mi atencion, me la comunique con igual franqueza.

## AMAT

(DON FÉLIX TORRES),

Obispo de Astorga.

( Véase el artículo TORRES. )

## APECECHEA

(DON FERMIN DE LA PUENTE Y). (1)

### MEMORIA BIOGRÁFICA

#### DEL SEÑOR D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE (2).

Así como la vida de un buen ciudadano, en tanto que alienta, pertenece á su patria, no menos le corresponde la memoria de sus hechos, especialmente cuando desapareciendo de entre los hombres, vive ya solo en la posteridad de brillantes acciones que ha dejado detras de sí, y que forman la gloria de su nombre. Porque si por una parte es justo el tributo de gratitud y aplauso que se rinde al mérito y la virtud, todavia es privilegio de aquellas almas sublimes que el recuerdo de su existencia sea como una semilla celestial, que haga brotar en los ánimos generosos que los consideran, el noble deseo, la emulacion provechosa de asemejarse á lo que respetan y admiran. Deber es, pues, de los que afligidos y pensativos contemplan el ocaso de uno de estos astros benéficos, conservar el rastro de luz que dejan en el horizonte de la vida, despues de hundirse en la noche del sepulcro; y deber tanto mas sagrado, cuanto en los desastrosos tiempos que alcanzamos, se halla menor número de estos hombres, que sirvan de desagravio á la humanidad y á su siglo.

Y como quiera que no ya mi cariño, sino la voz pública concede

(1) No hemos podido obtener de la suma modestia de este jóven y apreciable escritor ningun apunte para escribir su noticia biográfica. Creemos que nació en Sevilla, donde reside. El carácter de sus bellas poesias, de las que insertamos una á continuacion, es enteramente el de la antigua escuela sevillana.

(2) Véase el artículo *Musso*.